

## **E**ditorial

### ***Liberación, humanización, politización. En recuerdo de Aquiles Montoya***

**L**ibertad y humanización son dos elementos imprescindibles de los proyectos liberadores. Ahora bien: estos proyectos deben partir del análisis de los elementos que los condicionan y de las posibilidades con que cuentan. De lo contrario, no pasan de ser castillos en el aire. Esto lo veía Marx, en su crítica a los socialismos utópicos, que no valoraban las posibilidades reales con las que se debe contar para transformar la sociedad. Muchas veces, los socialistas utópicos confiaban en que bastaba con apelar a la buena voluntad de los individuos para que cesaran los abusos y las injusticias. De ahí que para Marx fuera necesario indagar cómo funcionaba la base material de esa sociedad que se pretendía cambiar, para así saber cómo y para qué “cambiar al mundo de base”.

Por otro lado, Ignacio Ellacuría insistía en que había que “historizar los conceptos”: no dar por sentada tan fácilmente la idea de la “universalidad” de los conceptos —entendiendo lo de universal como una especie de burbuja que resguarda a los conceptos de las determinaciones históricas y de los usos ideológicos— para así correr el velo de neutralidad que esconde los intereses sociales, políticos, económicos y

demás. Más todavía: esta historización sirve para aclarar qué opciones epistemológicas, políticas y morales están detrás de quiénes usan los conceptos y de la forma en que los usan. Para aterrizar: hablar de libertad y humanización es hablar en el vacío a menos que precisemos que se trata de liberarnos de las estructuras y relaciones opresivas de un sistema que convierte a los seres humanos en objetos y que estamos hablando de humanizar dichas estructuras, pues están cosificadas, valga decir: mercantilizadas. Dicho simple y llanamente: hablar de libertad y humanización es una simple “emisión de voz” (*flatus vocis*, como decía Ockham criticando el uso de los “universales”; o “como metal que resuena o címbalo que resuena”, como dice Pablo de Tarso acerca de la acción humana deshumanizada, insolidaria, reificada) a menos que esa voz esté hablando (y denunciando) del capitalismo.

Todo esto forma parte del pensamiento de Aquiles Montoya, colega del departamento de Economía, fallecido el 27 de enero recién pasado, quien se dedicó a la búsqueda de una sociedad más justa, a partir del poderoso instrumento de análisis de la realidad que es la economía, junto a una concepción filosófica humanista. El título de este editorial proviene, precisamente, del último artículo que publicó en Realidad, “Para ser humanos, necesitamos ser libres”. Esta frase afirma el hecho de que humanidad (o humanización) y libertad (o liberación) están íntimamente vinculadas, y que no podemos hablar de humanidad sin liberación de las estructuras opresivas, ni tampoco podemos hablar de libertad eludiendo la necesidad de volver realmente humanas y humanizantes nuestras relaciones.

“El ser humano es el único ser vivo que por su naturaleza puede ser libre, la libertad es parte de su esencialidad, como la sociabilidad y el trabajo, mediante el cual transforma a la naturaleza y se transforma a si mismo. El trabajo es una necesidad interna al ser humano y es que el trabajo como actividad libre y consciente, es una forma de realización humana. Desafortunadamente en el capitalismo, no sólo estamos acabando con la naturaleza, sino que impedimos la plena realización humana. En vez de ser seres creadores, conscientes y libres, nos hemos transformado en depredadores de toda forma de vida, por tal razón es que se ha afirmado que con el capitalismo acaba la prehistoria humana; sin embargo, si no transformamos esta forma histórica de sociedad, corremos el peligro de no tener historia, porque ya no habría seres humanos. Así de grave es la realidad de nuestro tiempo”. Así escribía Montoya, señalando lo crucial de los esfuerzos por el cambio social en el mundo contemporáneo.

En esas palabras, escritas en el artículo arriba mencionado, podemos apreciar algunas características de lo que Montoya entendía por libertad. No

se puede entender al ser humano sin esa libertad, por la cual es un ser que se ve determinado por la historia, que hace historia y que se hace a sí mismo por la historia. Sin historia, el ser humano no es pleno, esto es, “creador, consciente y libre”.

En Aquiles Montoya encontramos, al menos, tres grandes escenarios en los cuales empeñó toda su energía creadora y su fuerza moral: la docencia, la labor teórica y la incidencia pública. Estos tres campos de acción cobran sentido si se logra ver que el hilo conductor que los une es la lucha por cambiar la sociedad regida por los criterios del lucro. En fin: de humanizar a una sociedad cosificada.

Como maestro, Aquiles Montoya formó a varias generaciones de economistas. Como lo recuerdan muchos de sus otrora alumnos, era un apasionado por la enseñanza, sobre todo, en asignaturas como Economía Política. También se le recuerda por su forma directa de expresar sus ideas, sin disimulos ni contemplaciones. La formación de estudiantes de economía era importante para Aquiles, pues pretendía formar profesionales con una mentalidad crítica y con horizontes mucho más amplios que el de la realización profesional individual y la búsqueda de ganancias. En fin: quería contribuir a formar personas que, desde las disciplinas de la Economía, hicieran humano a este país.

Sobre la labor teórica, debe decirse que durante muchos años, Montoya, que bebió de las fuentes del pensamiento de Marx, se preocupó por hacer una propuesta original y que respondiera a las características del país. En tal sentido, propuso la Nueva Economía Popular (conocida por las siglas NEP, que, recuerdan a la Nueva Política Económica de Lenin, un audaz viraje en la conducción económica del Estado soviético para responder a los problemas económicos dejados por la guerra civil: Hay, por lo tanto, una gran afinidad de búsquedas entre la NEP leninista y la NEP de Aquiles Montoya), como proyecto de economía alternativo al capitalismo. Lo novedoso de la NEP, entre otras cosas, fue el papel protagónico que le concedía en su proyecto a los grupos sociales subalternos, desmarcándose, así, de una concepción económica centralizada en el Estado.

Esto último puede ayudar a entender algo que Aquiles planteó en su último escrito, publicado en el semanario digital Contrapunto (<http://www.contrapunto.com.sv/otros-temas/aquiles-montoya-el-economista-marxista>), cuando decía que había que leer a Rosa Luxemburg y a los clásicos del anarquismo, como Kropotkin y Bakunin. El asunto es que la marxista polaca reivindicó la acción autónoma de los grupos subalternos como un elemento

*importante en la estrategia de lucha social. La tradición anarquista reivindica el papel libre y creador de las personas en su lucha libertaria, sin tener que supeditarse a las direcciones de un aparato partidario. No es que Aquiles haya renegado del marxismo en sus últimos días para pasarse al anarquismo (enunciado que esconde una hostilidad hacia la tradición anarquista), sino que comprendía que la teoría que necesitan las transformaciones sociales de hoy en día, debe partir de la idea de que estas transformaciones no se dan solo o preferencialmente desde el poder del Estado, sino que necesitan de la energía creadora y transformadora de la pluralidad de grupos subalternos. Y que estos grupos, con sus demandas, sus reivindicaciones, sus formas de lucha, no deben verse como meros seguidores de una vanguardia política, sino que partir del hecho de que puede haber grupos o personas que sirvan como “fermento”, como elemento motivador para que los grupos subalternos en su conjunto “hagan sentir su voz” y le den una nueva dirección (social, política, cultural y económica) a la sociedad.*

*Finalmente, como lo advierte Moisés Gómez, en el quehacer de Aquiles pesó mucho la incidencia pública desde los medios de comunicación y, en sus últimos años, desde los medios electrónicos como el semanario Contrapunto, del cual fue asiduo colaborador. Comprendió la necesidad de hacer trascender las ideas desde el claustro universitario a la calle. No tuvo reparo en entablar debates, sobre todo, para poner en cuestión la supuesta obsolescencia del pensamiento marxista.*

*Escribir un artículo y publicarlo en la red, dar clases y dedicar horas vitales a arar en el campo de la teoría, son actividades políticas. Porque no se puede aspirar a ser libres y humanos prescindiendo de la dimensión política. Liberación y humanización son dos grandes aspiraciones que no se pueden viabilizar si no se politiza la acción cotidiana. Politizar es tomar conciencia de que hacemos política (valga decir, nos relacionamos con el poder, ya sea ejerciéndolo o experimentando sus efectos) tanto en el nivel público, en el Estado, los partidos políticos, etc., como en las relaciones privadas y cotidianas. Para ser libres, como decía Aquiles, hay que ser humanos, y para humanizarnos es preciso politizarnos.*